

del Marqués y ponerla en la picota. Y así, Juan Barba-rán le enterró, haciendo luego las honras y obsequias, poniendo toda la cera y gastos de su casa. Y dejándolo en la sepultura, fueron á poner en cobro sus hijos, que andaban escondidos y descarriados, quedando los de Chi-li apoderados de la ciudad. Donde se pueden ver las cosas del mundo y variedades de la fortuna, que en tan breve tiempo un caballero que tan grandes tierras y reinos habia descubierto y gobernado, y poseido tan grandes riquezas, y dado tanta renta y haciendas, como se hallará haber repartido (respecto del tiempo) el mas poderoso príncipe del mundo, viniese á ser muerto sin confesion, ni dejar otra orden en su ánima ni en su descendencia, por mano de doce hombres en medio del día, y estando en una ciudad donde todos los vecinos eran criados y deudos y soldados suyos, y que á todos les habia dado de comer muy prósperamente, sin que nadie le viniese á socorrer; antes le hu-yesen y desamparasen criados que tenia en su casa, y que le enterrasen tan ignominiosamente como está dicho, y que de tanta riqueza y prosperidad como habia poseido, en un momento viniese á no haber de toda su hacienda con que comprar la cera de su enterra-miento, y que todo esto le sucediese sobre estar avisa-do por todas las vías que arriba hemos dicho, y otras muchas de los tratos que sobre esto habia. Esta muer-te sucedió á 26 dias de junio de 541 años.

CAPITULO IX.

De las costumbres y calidades del marqués don Francisco Pizar-ro y del adelantado don Diego de Almagro.

Pues toda la historia, y el descubrimiento del Perú, de que trata, tiene origen de los dos capitanes de que hasta agora hemos hablado, que son el marqués don Francisco Pizarro y el adelantado don Diego de Almagro, es justo escribir sus costumbres y calidades, comparándolos entre sí, como hace Plutarco cuando escribe los hechos de dos capitanes que tienen alguna semejanza. Y porque de su linaje está ya dicho arriba lo que se puede saber, en lo demás ambos eran personas ani-mosas y esforzados y grandes sufridores de trabajo, y muy virtuosos y amigos de hacer placer á todos, aun-que fuese á su costa. Tuvieron gran semejanza en las inclinaciones, especialmente en el estado de la vida, porque ninguno dellos se casó, aunque cuando murieron el que menos tenia era de edad de sesenta y cinco años. Ambos fueron inclinados á las cosas de la guerra, aun-que el Adelantado todavía, faltando la ocasion de las armas, se aplicaba muy de buena gana á las granjerías. Ambos comenzaron la conquista del Perú de mucha edad, en la cual trabajaron, como arriba está dicho y declarado, aunque el Marqués sufrió grandes peligros, y muchos mas que el Adelantado, porque mientras el uno anduvo en la mayor parte del descubrimiento, el otro se quedó en Panamá proveyéndole de lo necesá-rio, como está contado. Ambos eran de grandes áni-mos y que siempre pretendieron y concibieron en ellos altos pensamientos, lo cual hacian compadescer conser muy humanos y amigables á su gente. Igualmente fue-ron liberales en la obra, aunque en las apariencias lle-vaba ventaja el Adelantado, porque era muy amigo de

que sonase y se publicase lo que daba; lo cual tenia al contrario el Marqués, porque antes se indignaba de que sesupiesen sus liberalidades, y procuraba de las encubrir, teniendo mas respeto á proveer la necesidad de aquel á quien daba que á ganar honra con la dádiva. Y así, aconteció saber que á un soldado se le habia muerto un caballo, y bajando él al juego de la pelota de su casa, don-de pensó hallarle, llevaba en el seno un tejuelo de oro que pesaba quinientos pesos para dárselo de su mano; y no hallándole allí, concertóse entre tanto un partido de pe-lota, y jugó el Marqués sin desnudarse el sayo, porque no le viesen el tejuelo, ni osó sacarle del seno por es-pacio de mas de tres horas, hasta que vino el soldado á quien le habia de dar, y secretamente le llamó á una pieza apartada, y se lo dió, diciéndole que mas quisie-ra haberle dado tres tanto que sufrir el trabajo que habia padecido con su tardanza; y otros muchos ejem-plos que se podrian traer desta calidad; y por esta cau-sa, por maravilla el Marqués daba nada que no fuese por su propia mano, casi procurando que no se supie-se. Y por esta razon fué siempre tenido por mas largo el Adelantado, porque con dar mucho tenia formas có-mo pareciese mas. Pero en cuanto á esta virtud de magnificencia pueden justamente ser igualados; pues (como decia el mismo Marqués) por razon de la compa-ñía que tenian de toda la hacienda, no daba ninguno nada en que el otro no tuviese la mitad; y así, tanto hacia el que lo permitia dar, sabiéndolo, como el que lo daba; bastó para comprobacion desto que, con ser am-bos en sus vidas de los mas ricos hombres, así de dinero como de rentas, y que mas pudieron dar y retener que ningun príncipe sin corona que en muchos tiem-pos se haya visto, murieron tan pobres, que no solamen-te no hay memoria de estados ni haciendas que hayan dejado, pero que apenas se hallase en sus bienes con que enterrarlos, como escriben de Caton y de Sila y de otros capitanes romanos, que fueron enterrados del pú-blico. Ambos fueron muy aficionados á hacer por sus criados y gente, y enriquecerlos y acrecentarlos y librar-los de peligro; pero era tanto el exceso que en esto te-nia el Marqués, que aconteció, pasando un río que llama-n de la Barranca, la gran corriente llevarle un indio de su servicio de los que llaman yanacunas, y echarse el Marqués á nado tras él, y sacarle asido de los cabe-llos, y ponerse á peligro, por la gran furia del agua, en que ninguno de todo su ejército, por mancebo y valien-te que fuera, se osara poner. Y reprendiéndole su de-masiada osadía algunos capitanes, les respondió que no sabian ellos qué cosa era querer bien un criado. Aun-que el Marqués gobernó mas tiempo y mas pacífica-mente, don Diego fué mucho mas ambicioso y deseoso de tener mando y gobernacion; y el uno y el otro con-servaron la antigüedad, y fueron tan aficionados á ella, que casi nunca mudaron traje del que en su mocedad usaban, especialmente el Marqués, que nunca se vistió de ordinario sino un sayo de paño negro con los faldá-mentos hasta el tobillo y el talle á los medios pechos, y unos zapatos de venado, blancos, y un sombrero blan-co, y su espada y puñal al antigua. Y cuando algunas fiestas, por importunacion de sus criados, se ponía una ropa de martas que le envió el marqués del Valle, de la

Nueva-España, en viniendo de misa la arrojaba de sí, quedándose en cuerpo, y trayendo de ordinario unas to-bajas al cuello, porque lo mas del día, en tiempo de paz, empleaba en jugar á la bola ó á la pelota, y para limpiarse el sudor de la cara. Entrambos capitanes fue-ron pacientísimos de trabajos y de hambre, y particu-larmente lo mostraba el Marqués en los ejercicios des-tos juegos que hemos dicho, que habia pocos mance-bos que pudiesen durar con él. Era mucho mas incli-nado á todo género de juego que el Adelantado; tanto, que algunas veces se estaba jugando á la bola todo el día, sin tener cuenta con quién jugaba, aunque fuese un marinero ó un molinero, ni permitir que le diesen la bola ni hiciesen otras ceremonias que á su dignidad se debian. Muy pocos negocios le hacian dejar el juego, especialmente cuando perdía, sino eran nuevos alza-mientos de indios, que en esto era tan presto, que á la hora se echaba las corazas, y con su lanza y adarga sa-lia corriendo por la ciudad y se iba hácia donde habia la alteracion, sin esperar su gente, que después le al-can-zaban, corriendo á toda furia. Eran tan animosos y diestros en la guerra de los indios estos capitanes, que cualquiera dellos solo no dudaba romper por cien indios de guerra. Tuvieron harto buen entendimiento y juicio en todas las cosas que se habian de proveer, así de guerra como de gobernacion, especialmente siendo per-sonas, no solamente no leidas, pero que de todo punto no sabian leer ni aun firmar, que en ellos fué cosa de gran defecto; porque, demás de la falta que les hacia para tratar negocios de tanta calidad, en ninguna cosa de todas sus virtudes é inclinaciones dejaban de pares-cer personas nobles sino en solo esto, que los sabios an-tiguos tuvieron por argumento de baja de linaje. Fué el Marqués tan confiado de sus criados y amigos, que todos los despachos que hacia, así de gobernacion como de repartimientos de indios, libraba haciendo él dos señales, en medio de las cuales Antonio Picado, su se-cretario, firmaba el nombre de Francisco Pizarro. Pue-dense excusar con lo que excusa Ovidio á Rómulo de ser mal astrólogo, de que mas sabia las cosas de las armas que de las letras. Y tenia mucho cuidado de vencer los comarcanos. Ambos á dos eran tan afables y tan comu-nes á su gente y ciudad, que se andaban de casa en casa solos, visitando los vecinos, y comiendo con el primero que los convidaba. Fueron igualmente abstinentes y templados, así en comer y beber como en refrenar la sensualidad, especialmente con mujeres de Castilla, porque les parecia que no podian tratar desto sin perjui-dicar á sus vecinos, cuyas hijas ó mujeres eran. Y aun en cuanto á las mujeres indias del Perú, fué mucho mas templado el Adelantado, porque no se le conoció hijo ni conversacion con ellas; como quiera que el Marqués tuvo amistad con una señora india, hermana de Ataba-liba, de la cual dejó un hijo llamado don Gonzalo, que murió de edad de catorce años, y una hija llanada doña Francisca. Y en otra india del Cuzco tuvo un hijo lla-mado don Francisco; y el Adelantado, aquel hijo de quien dijimos que mató al Marqués, le habia habido en una india de Panamá. Rescibieron entrambos mercedes de su majestad, porque á don Francisco Pizarro (como está dicho) le dió título de marqués y de gobernador

de la Nueva-Castilla, y le dió el hábito de Santiago. Y á don Diego de Almagro le dió la gobernacion de la Nueva-Toledo y le hizo adelantado. Particularmente el Marqués fué muy aficionado y temeroso del nombre de sus majestades; tanto, que se abstenia de hacer muchas cosas en que tenia poder, diciendo que no queria que dijese su majestad que se extendia en la tierra. Y mu-chas veces, hallándose en las fundiciones, se levantaba de su silla á alzar los granitos de oro y plata que se caian de lo que faltaba del cincel con que cortaban los quintos reales, diciendo que con la boca, cuando no hubiese otra cosa, se habia de allegar la hacienda real. Vinieron á ser semejantes hasta en las muertes y en el género dellas, pues al Adelantado mató el hermano del Marqués, y al Marqués mató el hijo del Adelantado. Tam-bien fué el Marqués muy aficionado de acrecentar aquella tierra, labrándola y cultivándola. Hizo unas muy buenas casas en la ciudad de los Reyes; y en el río della dejó dos paradas de molinos, en cuyo edificio empleaba todos los ratos que tenia desocupados, dando industria á los maestros que los hacian. Puso gran diligencia en hacer la iglesia mayor de la ciudad de los Reyes y los monesterios de Santo Domingo y de la Merced, dándo-les indios para su sustentacion y para reparo de los edi-ficios.

CAPITULO X.

De cómo don Diego de Almagro hizo gente de guerra y mató al-gunos caballeros, y cómo Alonso de Albarado alzó bandera por su majestad.

Después de haberse apoderado don Diego de la ciu-dad y quitado las varas á los alcaldes, y puéstolas de su mano, prendió al doctor Velazquez, teniente del Mar-qués, y á Antonio Picado, su secretario; y nombró por capitanes á Juan Tello, vecino de Sevilla, y á un Fran-cisco de Chaves y á Sotelo; y á la fama desta gente vi-nieron cuantos vagabundos y gente perdida andaba por la tierra, por tener facultad de robar y vivir á su placer. Y para hacer paga tomó los quintos reales y las haciendas de los defuntos y los depósitos de los que estaban ausen-tes; pero después comenzaron á nacer entre ellos dis-ensiones, porque algunos de los principales, movidos con envidia, quisieron matar á Juan de Herrada, vien-do que, aunque don Diego tenia el nombre de gober-nador y capitan general, él era el que lo hacia y gober-naba todo. Por lo cual, sabido el motin, mataron algu-nos dellos, especialmente á Francisco de Chaves, y tam-bien cortaron la cabeza á Antonio de Orihuela, vecino de Salamanca, porque viniendo de Castilla habia dicho que eran tiranos. Luego despachó don Diego mensaje-ros para todas las ciudades de la gobernacion para que le recibiesen por gobernador en los cabildos; y aunque en las mas fué rescebido por el miedo que dél se tenia, en los Chachapoyas, donde era teniente Alonso de Alba-rado, en llegando los mensajeros los prendió, y se alzó é hizo fuerte en la tierra, confiando en la fortaleza della y en cien hombres que tenia, y levantó bandera por su majestad, sin que fuesen parte para hacerle torcer las promesas ni amenazas que don Diego le envió á hacer por sus cartas, á las cuales respondia que no le recibia por gobernador hasta que viese para ello expreso

mandado de su majestad; antes esperaba, con la ayuda de Dios y de aquellos caballeros que en su compañía estaban, de vengar la muerte del Marqués y castigar el desacato que á su Majestad se había hecho en todo lo pasado. Por lo cual luego don Diego despachó al capitán García de Albarado con mucha gente de pié y de caballo, que fuese sobre él, y de camino llegase á la ciudad de San Miguel y tomase las armas y caballos de todos los vecinos del pueblo, y de vuelta hiciese lo mismo en la ciudad de Trujillo, y con todo el ejército fuese sobre Alonso de Albarado. Y así, partió García de Albarado, yendo por mar hasta el puerto de Santa, que es quince leguas de Trujillo, donde topó al capitán Alonso Cabrera, que venia huyendo con toda la gente del pueblo de Guano á juntarse con los de la ciudad de Trujillo contra don Diego, y le prendió á él y algunos de los suyos. Y en llegando á la ciudad de San Miguel, le cortó la cabeza á él y á Vozmediano, y á Villagas, que con él venia.

CAPITULO XI.

De cómo el Cuzco se alzó por su majestad, y hicieron capitán á Pedro Alvarez Holguin, y de lo que él hizo.

Quando los mensajeros y provisiones de don Diego llegaron á la ciudad del Cuzco eran alcaldes della Diego de Silva, hijo de Feliciano de Silva, natural de Ciudad-Rodrigo, y Francisco de Carvajal, que después fué maestro de campo de Gonzalo Pizarro. Y ellos y los del cabildo determinaron de no le rescibir, aunque tampoco se atrevieron á denegárselo claramente hasta ver si tenia gente ó aparejo para poder llevar adelante la defensa; y así, dieron por expediente en el negocio que don Diego enviase mas bastante poder del que había enviado, y luego lo rescibirian. Y porque Gomez de Tordoya era hombre tan principal en el cabildo, y no se había hallado allí porque era ido á caza, le enviaron á hacer saber todo lo que pasaba. Y topando los mensajeros cerca de la ciudad, en sabiendo el suceso, torció la cabeza á un neblí muy preciado que traía en la mano, diciendo que de allí adelante era mas tiempo de pelear que no de cazar, y entró de noche en la ciudad, y secretamente trató con los del cabildo lo que se había de hacer, y aquella misma noche se salió y fué donde estaba el capitán Castro, y hicieron sobre ello mensajeros á Pedro Anzúres, que era teniente de los Charcas, el cual luego alzó bandera por su majestad. Y asimesmo se partió luego Gomez de Tordoya en seguimiento del capitán Pedro Alvarez Holguin, que con mas de cien hombres era ido á una entrada contra indios, y alcanzándole, le contó todo lo acaescido, y le suplicó se quisiese encargar de tan justa y honrosa empresa, tomando cargo de aquel ejército, y para atraerle mas, se ofreció de ser su soldado y el primero que le obedeciese. Y así, Pedro Alvarez lo aceptó, y alzó bandera por su majestad. Y desde allí convocaron la gente de la ciudad de Arequipa, y todos juntos acudieron al Cuzco, dond' ya mucha gente estaba por don Diego; y sabida la venida destes capitanes, se huyeron mas de cincuenta hombres para don Diego, tras los cuales salieron el capitán Castro y Hernando Bachicao con algunos arcabuceros, y dándoles asalto una noche, los prendieron y tornaron al Cuzco, y

el cabildo del Cuzco, en conformidad de todos los capitanes extranjeros, rescibieron y nombraron y juraron á Pedro Alvarez Holguin por capitán y justicia mayor del Perú, hasta que su majestad otra cosa mandase. Y luego pregonó guerra contra don Diego, y los vecinos del Cuzco se obligaron á pagar todo lo que Pedro Alvarez gastase de la hacienda real con los soldados si su majestad no lo hubiese por bien gastado; y para ayuda desta guerra, todos los vecinos que allí se hallaron del Cuzco, Charcas y Arequipa ofrescian sus personas y haciendas, y en breve tiempo se juntaron mas de trecientos y cincuenta hombres, los ciento y cincuenta de caballo, y cien arcabuceros y cien piqueros. Y porque Pedro Alvarez tuvo noticia que don Diego tenia mas de ochocientos hombres de guerra, no le osó esperar en el Cuzco, antes se fué por la sierra para juntarse con Alonso de Albarado, que ya sabia que estaba por su majestad, y tambien para que en el camino se le juntasen los amigos y servidores del Marqués que por los montes estaban escondidos. Y caminó siempre llevando su gente en órden, con propósito de dar la batalla á don Diego si le salia al camino. Y cuando salió del Cuzco dejó para guarda y defensa de la ciudad la gente que bastaba, y nombró por maestro de campo á Gomez de Tordoya, y por capitanes de gente de á caballo á Garcilaso de la Vega y á Pedro de Anzúres, y dió cargo de la infantería al capitán Castro, y hizo alférez de estandarte real á Martin de Robres.

CAPITULO XII.

De cómo don Diego fué en busca de Pedro Alvarez, y por no le alcanzar pasó al Cuzco.

Sabido por don Diego lo que en el Cuzco había pasado, y cómo Pedro Alvarez había salido de la ciudad con la gente de guerra que tenia, luego entendió que debía ir por la sierra á juntarse con Alonso de Albarado, pues no tenia cantidad de gente para que se creyese que venia contra él; y así, determinó salirle al camino y defenderle el paso, aunque no lo pudo hacer con la priesa que él quisiera, por esperar á García de Albarado, á quien por la posta había enviado á llamar, y él se vino á juntar con él, sin detenerse en ir sobre Alonso de Albarado, que entonces era el intento de aquella jornada; y al tiempo que pasó por Trujillo quiso bajar á dar sobre él Alonso de Albarado, si no se lo estorbara el pueblo de Leñanto, que es en los Chachapoyas. Pues llegado García de Albarado á la ciudad de los Reyes, luego don Diego se partió contra Pedro Alvarez con trecientos de caballo y cien arcabuceros y ciento y cincuenta piqueros, y antes que saliese echó de la tierra á los hijos del Marqués, y degolló á Antonio Picado después de haberle dado muy bravos tormentos sobre que declarase donde tenia el Marqués sus tesoros. Y en saliendo de la ciudad, antes que llegase dos leguas della, vinieron secretamente unas provisiones del licenciado Vaca de Castro, que enviaba desde la tierra de Quito, dirigidas á fray Tomás de San Martín, provincial de la órden de Santo Domingo, y á Francisco de Barrio-Nuevo, para que entendiesen en la gobernacion de la tierra entre tanto que llegaba. Y secretamente en el monasterio de Santo Domingo se juntó el cabildo de

la ciudad y las obedesció, rescibiendo al licenciado Vaca de Castro por gobernador, y á Hierónimo de Aliaga, escribano mayor de la gobernacion, por su teniente, porque tambien venian para él las provisiones; y acabado de hacer esto, los regidores se fueron huyendo á la ciudad de Trujillo, y otros muchos vecinos con ellos; lo cual no se pudo hacer tan secreto, que aquella noche no lo supiese don Diego, y quiso revolver á saquear la ciudad, y no le dió lugar á ello el miedo que tenia que se le pasase Pedro Alvarez, y tambien porque su gente no se certificase de que había nuevo gobernador en la tierra, y por esto siempre fué caminando, aunque como se entendió que el Gobernador estaba en la tierra en el real de don Diego, se le huyeron muchos, especialmente el provincial de santo Domingo y Diego de Agüero, y Juan de Sayavedra y Gomez de Albarado y el factor Illan Suarez de Carvajal; y en este camino, á causa que adoleció Juan de Herrada del mal de que murió, no pudo dejar de detenerse don Diego, de suerte que se le pasó Pedro Alvarez por el valle de Jauja, donde él tenia determinado de aguardalle, aunque todavia le siguió; y estando muy cerca unos de otros, y entendiendo Pedro Alvarez que no tenia gente para defenderse de don Diego, segun la gente que él traía, usó de una astucia con que le engañó desta manera: que encomendó á veinte de caballo que procurasen una noche de dar en la delantera del real de manera que prendiesen los mas que pudiesen, lo cual fué hecho así; y traídos tres hombres presos, ahorcó los dos dellos, y al otro le prometió de soltarle y darle mil pesos de oro porque fuese al real de don Diego y tuviese apercebidos algunos amigos suyos, porque la noche siguiente él acometeria al real por la parte de la mano derecha; y para esto tomaron juramento al soldado y pleitomenaje, fingiendo que hacían dél muy gran confianza, para que no lo descubriera; y así, el mancebo, con codicia de los mil pesos, se partió luego, yendo muy seguro por ser él soldado de don Diego. Y viendo don Diego que á los otros habían ahorcado, y que aquel soltaban sin que hubiese causa conocida para ello, sospechó lo que pasaba, y sobre esta sospecha le hizo dar tormento; el cual luego declaró todo lo que había pasado, y creyendo que era verdad se fué á poner con la mas de su gente en aquel través por donde la espía le dijo que Pedro Alvarez había de acometer; y Pedro Alvarez estaba tan lejos de lo hacer, que á la hora que despachó la espía, siendo de noche y oscuro, levantó el real, continuando su camino con la mayor priesa que pudo, dejando los enemigos aguardando, hasta que cayeron en la burla que les había hecho; y todavia don Diego los siguió á la ligera, y entendiéndolo Pedro Alvarez, hizo una posta á Alonso de Albarado para que le viniese á socorrer, el cual luego salió en favor de Pedro Alvarez con toda su gente y con algunos de los de Trujillo, y anduvo por sus jornadas hasta juntarse con él. Y como don Diego (que ya iba muy lejos) entendió que estaban juntos, dejó de seguirlos, y con su gente se fué al Cuzco, y Pedro Alvarez y Alonso de Albarado enviaron un mensajero la via de Quito, haciendo saber á Vaca de Castro lo que pasaba, aconsejándole que se diese gran priesa, porque ellos le darian la tierra, segun el buen principio llevaba

su negocio. En Jauja murió Juan Herrada, y don Diego envió cierta parte del ejército por los llanos para que recogiese la gente que había en Arequipa; adonde fueron sus capitanes y robaron todo cuanto en la ciudad pudieron haber, y aun cavaron todo el monasterio de Santo Domingo, porque les dijeron que muchos vecinos tenían enterradas allí sus haciendas.

CAPITULO XIII.

De cómo llegó Vaca de Castro á los reales de Pedro Alvarez y Alonso de Albarado, y le rescibieron por gobernador, y de lo demás que allí hizo.

Ya está dicho arriba la mala navegacion que tuvo Vaca de Castro viniendo de Panamá para el Perú, á causa de perder una ancla con que el navío se amarraba; y cómo arribó al puerto de la Buenaventura, y do allí fué por tierra á la gobernacion de Benalcázar, y entró en el Perú, en el cual camino trabajó y padeció mucho, así por ser los caminos muy largos y faltos de comida, como porque él iba muy enfermo y no estaba habituado á semejantes necesidades; y con todo esto, porque ya se sabia en Popayan la muerte del Marqués y muchas de las cosas sucedidas en el Perú, no dejó de caminar á la continua, porque con su presencia se pudiese mano en el remedio; y es á saber, que aunque el licenciado Vaca de Castro iba principalmente á haber informacion sobre la muerte de don Diego de Almagro, y las demás cosas acaescidas por causa della, sin suspender de la gobernacion al Marqués, allende desto, llevaba una cédula secreta para que si entre tanto que él fuese ó presidiese allá sucediese la muerte del Marqués, tomase en sí la gobernacion y la ejercitase hasta que su majestad proveyese otra cosa. Por virtud de la cual cédula fué rescibido, después de ser llegado á los reales de Pedro Alvarez y Alonso de Albarado, trayendo consigo mucha gente que en el Perú había bajado á rescibirle y acompañarle, y especialmente traía consigo al capitán Lorenzo de Aldana, que era gobernador en Quito por el Marqués, y envió delante al capitán Pedro de Puelles, para que comenzasen á aderezar lo necesario á la guerra; y despachó á Gomez de Rojas, natural de la villa de Cuéllar, con sus poderes para que le rescibiesen en el Cuzco, el cual se dió tan buena maña y diligencia, que antes que don Diego llegase al Cuzco, ya él había llegado y las había notificado y estaban rescibidas. Y cuando Vaca de Castro pasó por las espaldas de los Bracamoros, salió á él el capitán Pedro de Vergara, que andaba conquistando aquella provincia (como está dicho), y para venirse con Vaca de Castro despoñó el lugar que tenia poblado, donde estaba hecho fuerte para no rescibir á don Diego de Almagro. Llegado Vaca de Castro á la ciudad de Trujillo, halló allí á Gomez de Tordoya, que se había venido del real por ciertas palabras que había pasado con Pedro Alvarez, y con él estaba Garcilaso de la Vega y otros caballeros; y cuando Vaca de Castro salió de Trujillo para ir al real de Pedro Alvarez llevaba ya consigo mas de docientos hombres de guerra bien aderezados; y llegado al real, Pedro Alvarez y Alonso de Albarado lo rescibieron alegremente; y presentando la provision real, le entregaron las banderas, y él las tornó á los mismos que las te-

nian, excepto el estandarte real, que le guardó en sí, é hizo maestro de campo á Pedro Alvarez Holguin, y le envió con todo el campo á Jauja para que le aguardase allí entre tanto que él bajaba á la ciudad de los Reyes para recoger toda la gente y armas y municiones que pudiese llevar della, y para dejar en orden aquella ciudad. Y mandó al capitán Diego de Rójas que con treinta de caballo fuese siempre veinte leguas delante de Pedro Alvarez, corriendo la tierra; y envió á la ciudad de Trujillo por su teniente de gobernador al capitán Diego de Mora, proveyendo con mucha destreza todas las otras cosas necesarias para la empresa que tenia entre las manos, como si toda su vida se hubiera criado en la guerra.

CAPITULO XIV.

De cómo don Diego mató á García de Albarado en el Cuzco, y cómo sacó su gente contra Vaca de Castro.

Ya habemos dicho cómo después que don Diego no pudo alcanzar á Pedro Alvarez, se fué al Cuzco, y cuando llegó, ya Cristóbal de Sotelo, á quien habia enviado delante, tenia tomada la posesion de la ciudad y puesto la justicia de su mano, quitando la que estaba por Vaca de Castro. Y llegado don Diego, se comenzó á pertrechar de mucha artillería y pólvora, porque en el Perú hay muy buen aparejo para hacer artillería á causa de la abundancia del metal; y tambien habia ciertos maestros levantiscos que la sabian muy bien fundir; y para hacer pólvora hay gran facilidad, por razon del mucho salitre que en las mas partes se halla. Y demás desto, hizo armas para la gente de su real que no las tenia, de pasta de plata y cobre mezclado, de que salen muy buenos coseletes; habiendo corregido, demás desto, todas las armas de la tierra; de manera que el que menos armas tenia entre su gente era cota y coracinas ó coselete y celadas de la misma pasta, que los indios hacen diestramente por muestras de las de Milan. Y así pudo aderezar docientos arcabuceros, y ordenó algunos hombres de armas por el buen aparejo que tenia, como quier que hasta entonces en el Perú peleaban los de caballo á la jineta, y pocas ó ninguna vez habia caballos ligeros. Estando en estos términos, sucedieron ciertas diferencias entre los capitanes García de Albarado y Cristóbal de Sotelo, en las cuales Sotelo fué muerto; de que hubiera de suceder muy gran daño en el ejército, porque ambos tenian muchos amigos, y estaba todo el campo dividido; de manera que si don Diego con amorosas palabras no los apaciguara, se mataran unos á otros, caso que entendiendo García de Albarado que don Diego tenia mucha aficion á Sotelo y que habia de procurar de satisfacerse dél, anduvo á recaudo de ahí adelante, no solamente para defensa de su persona, pero para matar á don Diego, lo cual quiso poner en obra convidándole un día á comer, con determinacion de matarle en la comida; y recelándose don Diego dello, fingió estar mal dispuesto después de haber aceptado el convite. Y como aquesto vió García de Albarado, que todo lo necesario tenia puesto á punto, determinó ir bien acompañado de sus amigos á importunar á don Diego que fuese al convite, y en el camino le sucedió que, diciendo él á un Martin Carrillo á lo

que iba, le respondió que no fuese, de su parecer, allá, porque entendia que lo habian de matar, y otro soldado le dijo casi lo mismo; lo cual todo no bastó para que dejase de ir. Y don Diego estaba echado sobre una cama, y dentro del aposento tenia ciertos caballeros armados secretamente. Y como García de Albarado entró con su gente en la cámara le dijo: «Levántese vuestra señoría, que no será nada la mala disposicion, é irse ha á holgar un rato, que aunque coma poco, harános cabeza.» Y don Diego dijo que le placia, y pidiendo su capa, se levantó, porque estaba echado en cuerpo con su cota y espada y daga; y comenzando á salir por la puerta de la cámara toda la gente, cuando llegó García de Albarado, que iba delante de don Diego, Juan Balsa, que tenia la puerta, la cerró, que era de golpe, y se abrazó con García de Albarado, y dijo: «Sed preso.» Y don Diego echó mano á su espada, y le hirió diciendo: «No ha de ser preso, sino muerto.» Y luego salieron Alonso de Sayavedra y Diego Mendez, hermano de Rodrigo Orgoños, y otros de los que estaban en reguardia, y le dieron tantas heridas, que le acabaron de matar; y sabido por la ciudad, comenzó á haber algun alboroto; pero, como don Diego salió á la plaza, apaciguó la gente, caso que se huieron algunos amigos de García de Albarado. Y luego sacó su gente del Cuzco para ir sobre Vaca de Castro, que ya habia sabido cómo se juntó con Pedro Alvarez y Alonso de Albarado, y venia la via de Jauja en demanda suya; y en toda esta jornada sirvió á don Diego, Paulo, hermano del Inga, á quien el Adelantado, su padre, habia hecho inga, cuya ayuda era de muy gran importancia, porque iba delante del ejército, y con muy pocos indios que llevase, todas las provincias de la tierra proveian de comida y indios para llevar las cargas, y de todo lo demás que era necesario.

CAPITULO XV.

De cómo Vaca de Castro fué desde la ciudad de los Reyes á Jauja, y de lo que hizo allí.

Llegado Vaca de Castro á la ciudad de los Reyes, hizo muchos arcabuces con el buen aparejo de maestros que allí halló, y se aderezó de todo lo necesario, tomando prestados de vecinos y mercaderes mas de setenta mil pesos de oro, porque toda la hacienda real habia tomado y gastado don Diego. Y dejando Vaca de Castro en la ciudad de los Reyes por su teniente á Francisco de Barrio-Nuevo, y por capitán de la mar á Juan Perez de Guevara, se partió con toda la mas gente que pudo para Jauja, dejando orden en la ciudad que si don Diego bajase por otro camino á la ciudad de los Reyes, como se decia, todos los vecinos con sus mujeres y haciendas se acogiesen á los navíos, hasta que él viniese en seguimiento de don Diego. Llegado á Jauja, Pedro Alvarez le estaba aguardando con toda su gente y aderezo de armas y picas, y mucha pólvora que allí se habia hecho. Y Vaca de Castro repartió la gente de caballo que traia en las compañías de Pedro Alvarez y Pedro Anzúres y Garcilaso de la Vega, que eran capitanes de caballo; y la gente de pié, parte della repartió en las compañías de Pedro de Vergara y Nuño de Castro, que eran capitanes de infantería; é hizo otras dos compa-

ñas de nuevo, la una de caballo, que encomendó á Gomez de Albarado, y otra de arcabuceros, que encomendó al bachiller Juan Vélez de Guevara, que, conser letrado, era muy buen soldado y hombre de tanta industria, que él mismo habia entendido en hacer aquellos arcabuces con que se hizo la gente de su compañía, sin que por esto dejase de entender en las cosas de las letras; porque, así en este tiempo como en las revueltas de Gonzalo Pizarro, de que abajo se tratará, aconteció ser nombrado por alcalde, y hasta mediodía anduvo en hábito de letrado honestamente, y hacia sus audiencias y libraba los negocios, y de mediodía abajo se vestia en hábito de soldado, con calzas y jubon de colores, recamado de oro y muy lucido, y con plumas y cuera, y su arcabuz al hombro, ejercitándose él y su gente en tirar. Desta manera ordenó Vaca de Castro su ejército, en que habia por todos setecientos hombres, los trecientos y setenta de caballo y ciento y setenta arcabuceros; é hizo sargento mayor de todo el campo al capitán Francisco de Carvajal, aquel que después fué maestro de campo de Gonzalo Pizarro, por cuya orden se regia el ejército, porque tenia gran experiencia de la guerra en mas de cuarenta años que habia sido soldado y teniente de capitán en Italia. En este tiempo llegaron á Vaca de Castro mensajeros de Gonzalo Pizarro, que habia salido á Quito del descubrimiento de la Canela (como arriba está contado), haciéndole saber cómo venia en su ayuda con la gente que habia sacado. Y Vaca de Castro le escribió agradeciéndoselo, y mandándole que se estoviese quedo en Quito sin venir al ejército, porque siempre tuvo esperanza de hacer algun concierto con don Diego, y que él venia de paz; lo cual le pareció que seria parte para estorbar la presuncion de Gonzalo Pizarro, así porque de su parte, con el deseo de la venganza, se estorbarian los conciertos, como porque don Diego no se osaria meter en su poder, sabiendo que Gonzalo Pizarro allí estaba, que necesariamente habia de ser mucha parte en su real por los amigos que tenia. Otros dicen que temió que si Gonzalo Pizarro venia, le alzarían por general, por ser tan bienquisto á la sazón de todos, y queria que pareciese que aquella guerra se hacia mas por via de justicia que de venganza. Y demás desto, envió á mandar á los que tenian cargo de los hijos del Marqués que se estoviesen como estaban en las ciudades de San Miguel y Trujillo, sin venir á la ciudad de los Reyes hasta que otra cosa mandase, colorando esta provision con que estaban mas seguros y pacíficos allá que no en Lima.

CAPITULO XVI.

De cómo Vaca de Castro fué con su ejército desde Jauja á Guamanga, y lo que pasó con don Diego.

Después que Vaca de Castro tuvo ordenada su gente en Jauja, caminó la via de Guamanga, porque le vino nueva cómo don Diego venia á gran prisa á meterse en la villa ó á tomar un paso de un río, que en cobrar lo uno y lo otro habria gran dificultad si primero se lo ocupaba el enemigo, porque la villa está cercada de unos hondos valles ó quebradas que la fortifican mucho. Y el capitán don Diego de Rójas, que con su gente iba delante á correr el campo, se habia entrado en

ella, y porque tambien supo desta venida de don Diego, habia hecho una torre para se defender hasta que Vaca de Castro llegase; y á esta causa partió luego á gran prisa Vaca de Castro para allá, enviando en la delantera al capitán Castro con sus arcabuceros, que fuesen á apoderarse de un mal paso que está cerca de Guamanga, llamado la cuesta de Parco, y cuando Vaca de Castro llegó dos leguas de Guamanga, una tarde tuvo nueva que don Diego entraba aquella noche en la villa; lo cual sintió mucho porque no era llegada toda su gente, ni llegara tan presto si Alonso de Albarado no volviera á la recoger; y junta toda, se partieron luego muy en orden, con haber caminado aquel día algunos de los postreros cinco leguas, armados y muy apercebidos, y pasaron mucho trabajo por la aspereza del camino y quebradas dél; y pasando por la villa, estuvieron de la otra parte toda la noche en arma, porque no tenian lengua de sus enemigos, hasta que otro día se aseguró el campo por los corredores, que descubrieron mas de seis leguas. Y sabiendo que don Diego estaba nueve leguas de allí, le escribió don Francisco de Idiaquez, hermano de Alonso de Idiaquez, secretario de su majestad, que de su real habia venido, y le envió á rogar y requerir de parte de su majestad se viniese á meter debajo del estandarte real, y que con esto, y con deshacer el ejército, le perdonaria todo lo pasado, y si de otra manera lo hacia, procedería contra él por todo rigor de justicia, como contra traidor y yasallo desleal á su príncipe; y en tanto que estos mensajeros iban, envió por otra parte un peon muy diestro en la tierra, en hábito de indio, con cartas para muchos caballeros del real de don Diego, y no pudo ir tan secreto, que por un campo nevado no le hallasen el rastro, el cual siguieron hasta que, prendiéndole don Diego, le mandó ahorear, quejándose mucho de la cautela que con él usaba Vaca de Castro, pues por una parte trataba partidos y por otra le enviaba á amotinar el real; y en presencia de los mensajeros apercebidos y ordenó todos sus capitanes y gente para dar la batalla, prometiendo que cualquiera que matase vecino, le daría sus indios y hacienda y mujer; y así, don Diego respondió á Vaca de Castro con el mismo Idiaquez y con Diego de Mercado, que en ninguna manera le obedescerian en tanto que fuese acompañado de sus enemigos, que eran Pedro Alvarez Holguin y Alonso de Albarado y los de su valía, y que no desharía su ejército hasta ver perdon de su majestad, firmado por su real mano, y no con la del cardenal de Sevilla, don fray García de Loaysa, á quien él no conocia por gobernador ni sabia que tuviese poder de su majestad para cosa ninguna de las Indias; y que se engañaba mucho en lo que tenia pensado y le hacian creer, que se le habia de pasar ninguna gente de la suya, sino que muy animosamente le daría la batalla y defendería la tierra á todo el mundo, como lo veria por experiencia si le aguardaba, porque él se partia luego en su busca.

CAPITULO XVII.

De cómo Vaca de Castro sacó la gente en campo para dar la batalla, y de lo que le acaesció.

Oida Vaca de Castro la embajada de don Diego, y vista su pertinacia, sacó la gente en campo á un llano que